

RAY BRADBURY

FAHRENHEIT
451

minotauro ESENCIALES

RAY BRADBURY

**FAHRENHEIT
451**

minotauro ESENCIALES

Título de la edición original:
Fahrenheit 451

© Ray Bradbury, 1953, 1993, 2005

© Traducción de Francisco Abelenda

© Editorial Planeta, S. A., 1985
Avda. Diagonal, 662-664. 7ª planta, 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0677-1
Depósito legal: B. 13.550-2019

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Índice

FAHRENHEIT 451

La estufa y la salamandra

13

El tamiz y la arena

87

Fuego brillante

133

Posfacio de Ray Bradbury

Fuego brillante

191

EL PARQUE DE JUEGOS

205

Y LA ROCA GRITÓ

231

1

La estufa y la salamandra

Era un placer quemar.

Era un placer especial ver cosas devoradas, ver cosas ennegrecidas y *cambiadas*. Empuñando la embocadura de bronce, esgrimiendo la gran pitón que escupía un queroseno venenoso sobre el mundo, sintió que la sangre le golpeaba las sienes, y que las manos, como las de un sorprendente director que ejecuta las sinfonías del fuego y los incendios, revelaban los harapos y las ruinas carbonizadas de la historia. Con el simbólico casco numerado -451- sobre la estólida cabeza, y los ojos encendidos en una sola llama anaranjada ante el pensamiento de lo que vendría después, abrió la llave, y la casa dio un salto envuelta en un fuego devorador que incendió el cielo del atardecer y lo enrojeció, y doró, y ennegreció. Avanzó rodeado por una nube de luciérnagas. Hubiese deseado, sobre todo, como en otro tiempo, meter en el horno con la ayuda de una vara una pastilla de malva-visco, mientras los libros, que aleteaban como palomas, morían en el porche y el jardín de la casa. Mientras los libros se elevaban en chispeantes torbellinos y se dispersaban en un viento oscurecido por la quemazón.

Montag sonrió con la forzada sonrisa de todos los hombres chamuscados y desafiados por las llamas.

Sabía que cuando volviese al cuartel de bomberos se guiaría un ojo (un artista de variedades tiznado por un corcho) delante del espejo. Más tarde, en la oscuridad, a punto de dormirse, sentiría la feroz sonrisa retenida aún por los músculos faciales. Nunca se le borraba esa sonrisa, nunca —creía recordar— se le había borrado.

Colgó el casco, negro y brillante como un escarabajo, y lo lustró; colgó cuidadosamente la chaqueta incombustible; se dio una buena ducha, y luego, silbando, con las manos en los bolsillos, cruzó el primer piso y se dejó caer por el agujero. En el último instante, cuando el desastre parecía seguro, se sacó las manos de los bolsillos e interrumpió su caída aferrándose a la barra dorada. Resbaló hasta detenerse, chirriando, con los talones a un centímetro del piso de cemento.

Salió del cuartel y caminó hasta la estación subterránea. El tren neumático y silencioso se deslizó por el tubo aceitado, y con una gran bocanada de aire tibio lo abandonó en la escalera de claros azulejos, que subía hacia el suburbio.

Dejó, silbando, que la escalera lo llevara al aire tranquilo de la noche. Se dirigió hacia la esquina casi sin pensar en nada. Sin embargo, poco antes de llegar, caminó más lentamente, como si un viento se hubiese levantado en alguna parte, como si alguien hubiese pronunciado su nombre.

En esas últimas noches, mientras iba bajo la luz de los astros hacia su casa, en esta acera, aquí, del otro lado de la esquina, había sentido algo indefinible, como si un momento antes alguien hubiese estado allí. Había en el aire

una calma especial como si alguien hubiese esperado allí, en silencio, y un momento antes se hubiese transformado en una sombra, dejándolo pasar. Quizá había respirado un débil perfume; quizá el dorso de sus manos, su cara, habían sentido que la temperatura era más alta en este mismo sitio donde una persona, de pie, hubiese podido elevar en unos diez grados y durante un instante el calor de la atmósfera. Era imposible saberlo. Cada vez que llegaba a la esquina veía solo esa acera curva, blanca, nueva. Una noche, quizá, algo había desaparecido rápidamente en uno de los jardines antes que pudiese hablar o mirar.

Pero ahora, esta noche, aminoró el paso, casi hasta detenerse. Su mente, que se había adelantado a doblar la esquina, había oído un murmullo casi imperceptible. ¿Alguien que respiraba? ¿O era la atmósfera comprimida simplemente por alguien que estaba allí, de pie, inmóvil, esperando?

Dobló la esquina.

Las hojas de otoño volaban de tal modo sobre la acera iluminada por la luna que la muchacha parecía ir en una alfombra rodante, arrastrada por el movimiento del aire y las hojas. Con la cabeza un poco inclinada se miraba los zapatos, rodeados de hojas estremecidas. Tenía un rostro delgado y blanco como la leche, y había en él una tierna avidez que todo lo tocaba con una curiosidad insaciable. Era una mirada, casi, de pálida sorpresa; los ojos oscuros estaban tan clavados en el mundo que no perdían ningún movimiento. Su vestido era blanco, y susurraba. Montag creyó oír cómo se le movían las manos al caminar, y luego, ahora, un sonido ínfimo, el temblor inocente de aquel rostro al volverse hacia él, al descubrir que se acercaba a un hombre que estaba allí, de pie, en medio de la acera, esperando.

Se oyó, allá, arriba, el ruido de los árboles que dejaban caer una lluvia seca. La muchacha se detuvo como si fuese a retroceder, sorprendida, pero se quedó allí mirando a Montag con ojos tan oscuros y brillantes y vivos que el hombre creyó haber dicho unas palabras maravillosas. Pero sabía que había abierto los labios solo para decir hola, y entonces, como ella parecía hipnotizada por la salamandra del brazo y el disco con el fénix del pecho, habló otra vez.

—Claro... tú eres la nueva vecina, ¿no es cierto?

—Y usted tiene que ser... —la muchacha dejó de mirar aquellos símbolos profesionales— el bombero —añadió con una voz arrastrada.

—De qué modo raro lo has dicho.

—Lo... lo hubiese adivinado sin mirar —dijo la muchacha lentamente.

—¿Por qué? ¿El olor del queroseno? Mi mujer siempre se queja —dijo Montag riéndose—. Nunca se lo borra del todo.

—No, nunca se lo borra —dijo ella, asustada.

Montag sintió que la niña, sin haberse movido ni una sola vez, estaba caminando alrededor, lo obligaba a girar, lo sacudía en silencio y le vaciaba los bolsillos.

—El queroseno —dijo, pues el silencio se había prolongado demasiado— es perfume para mí.

—¿Es así, realmente?

—Claro, ¿por qué no?

La muchacha reflexionó un momento.

—No sé —dijo, y se volvió y miró las casas a lo largo de la acera—. ¿No le importa si lo acompaño? Soy Clarisse McClellan.

—Clarisse. Guy Montag. Vamos. ¿Qué haces aquí tan tarde? ¿Cuántos años tienes?

Caminaron en la noche ventosa, tibia y fresca a la vez, por la acera de plata, y el débil aroma de los melocotones maduros y las fresas flotó en el aire, y Montag miró alrededor y pensó que no era posible, pues el año estaba muy avanzado.

Solo ella lo acompañaba, con el rostro brillante como la nieve a la luz de la luna, pensando, comprendió Montag, en aquellas preguntas, buscando las respuestas mejores.

—Bueno —dijo la muchacha—, tengo diecisiete años y estoy loca. Mi tía dice que es casi lo mismo. Cuando la gente te pregunte la edad, me dice, contéstales que tienes diecisiete y estás loca. ¿No es hermoso caminar de noche? Me gusta oler y mirar, y algunas veces quedarme levantada y ver la salida del sol.

Caminaron otra vez en silencio y al final la muchacha dijo, con aire pensativo:

—Sabe usted, no le tengo miedo.

Montag se sorprendió.

—¿Por qué habrías de tenerme miedo?

—Tanta gente tiene miedo. De los bomberos quiero decir. Pero usted es solo un hombre...

Montag se vio en los ojos de la muchacha, suspendido en dos gotas brillantes de agua clara, oscuro y pequeño, con todos los detalles, las arrugas alrededor de la boca, completo, como si estuviese encerrado en el interior de dos milagrosas bolitas de ámbar, de color violeta. El rostro de la muchacha, vuelto ahora hacia él, era un frágil cristal, blanco como la leche, con una luz constante y suave. No era la luz histérica de la electricidad, sino... ¿qué? Sino la luz extrañamente amable y rara y suave de una vela. Una vez, cuando era niño, y faltó la electricidad, su madre encontró y en-

cendió una última vela, y habían pasado una hora muy corta redescubriendo que con esa luz el espacio perdía sus vastas dimensiones y se cerraba alrededor, y en esa hora ellos, madre e hijo, solos, transformados, habían deseado que la electricidad no volviese demasiado pronto...

Y entonces Clarisse McClellan dijo:

—¿Le importa si le hago una pregunta? ¿Desde cuándo es usted bombero?

—Desde que tenía veinte años, hace diez.

—¿Ha leído alguno de los libros que quema?

Montag se rio.

—Lo prohíbe la ley.

—Oh, claro.

—Es un hermoso trabajo. El lunes quemar a Millay, el miércoles a Whitman, el viernes a Faulkner; quemarlos hasta convertirlos en cenizas, luego quemar las cenizas. Ese es nuestro lema oficial.

Caminaron un poco más y la niña dijo:

—¿Es verdad que hace muchos años los bomberos *apagaban* el fuego en vez de encenderlo?

—No, las casas siempre han sido incombustibles.

—Qué raro. Oí decir que hace muchos años las casas se quemaban a veces por accidente y llamaban a los bomberos para *parar* las llamas.

El hombre se echó a reír. La muchacha lo miró brevemente.

—¿Por qué se ríe?

—No sé —dijo Montag, comenzó a reírse otra vez y se interrumpió—. ¿Por qué?

—Se ríe aunque yo no haya dicho nada gracioso y me contesta enseguida. Nunca se para a pensar lo que le he preguntado.

Montag se detuvo.

—Eres muy rara —dijo mirando a la niña—. Bastante irrespetuosa.

—No quise insultarlo. Ocurre que observo demasiado a la gente.

—Bueno, ¿esto no significa nada para ti?

Montag se golpeó con la punta de los dedos el número 451 bordado en la manga de color de carbón.

—Sí —murmuró la muchacha, y apresuró el paso—. ¿Ha visto alguna vez los coches de turbinas que pasan por esa avenida?

—¡Estás cambiando de tema!

—A veces pienso que los automovilistas no saben qué es la hierba ni las flores, pues nunca las ven lentamente —dijo la muchacha—. Si usted les señala una mancha verde, dicen, ¡oh, sí!, ¡eso es hierba! ¿Una mancha rosada? ¿Un jardín de rosales! Las manchas blancas son edificios. Las manchas oscuras son vacas. Una vez mi tío pasó lentamente en coche por una carretera. Iba a sesenta kilómetros por hora y lo tuvieron dos días en la cárcel. ¿No es gracioso, y triste también?

—Piensas demasiado —dijo Montag, incómodo.

—Casi nunca veo la televisión mural, ni voy a las carreras, ni a los parques de atracciones. Me sobra tiempo para pensar cosas raras. ¿Ha visto esos anuncios de ciento cincuenta metros a la entrada de la ciudad? ¿Sabe que antes eran solo de quince metros? Pero los coches comenzaron a pasar tan rápidamente que tuvieron que alargar los anuncios para que no se acabasen demasiado pronto.

Montag rio con nerviosismo.

—¡No lo sabía!

—Apuesto a que sé algo más que usted no sabe. Hay rocío en la hierba por la mañana.

Montag no pudo recordar si lo sabía y se puso de muy mal humor.

—Y si usted mira bien —la muchacha señaló el cielo con la cabeza—, hay un hombre en la luna.

Montag no miraba la luna desde hacía años.

Recorrieron el resto del camino en silencio; el de Clarisse era un silencio pensativo; el de Montag, algo así como un silencio de puños apretados, e incómodo, desde el que lanzaba a la muchacha unas miradas acusadoras. Cuando llegaron a la casa de Clarisse, todas las luces estaban encendidas.

—¿Qué ocurre?

Montag había visto muy pocas veces una casa tan iluminada.

—Oh, son mis padres que hablan con mi tío. Es como pasearse a pie, solo que mucho más raro. Mi tío fue arrestado el otro día por pasearse a pie, ¿no se lo dije? Oh, somos *muy* raros.

—¿Pero de qué hablan?

Clarisse se rio.

—¡Buenas noches! —dijo, y echó a caminar. Luego, como si recordara algo, se volvió hacia Montag y lo miró con curiosidad y asombro—. ¿Es usted feliz? —le preguntó.

—¿Soy qué? —exclamó Montag.

Pero la muchacha había desaparecido, corriendo a la luz de la luna. La puerta de la casa se cerró suavemente.

—¡Feliz! ¡Qué tontería!

Montag dejó de reír.

Metió la mano en el guante-cerradura de la puerta y esperó a que le reconociera los dedos. La puerta se abrió de par en par.

Claro que soy feliz. Por supuesto. ¿No lo soy acaso?, preguntó a las habitaciones silenciosas. Se quedó mirando la rejilla del ventilador, en el vestíbulo, y recordó, de pronto, que había algo oculto en la rejilla, algo que ahora parecía mirarlo. Apartó rápidamente los ojos.

Qué encuentro extraño en una noche extraña. No recordaba nada parecido, salvo aquella tarde, hacía un año, cuando se había encontrado con un viejo en el parque, y tuvieron aquella conversación...

Montag sacudió la cabeza. Miró la pared desnuda. El rostro de Clarisse estaba allí, realmente hermoso en el recuerdo, asombroso de veras. Era un rostro muy tenue, como la esfera de un relojito vislumbrado débilmente en una habitación oscura en medio de la noche, cuando uno se despierta para ver la hora y ve el reloj que le dice a uno la hora y el minuto y el segundo, con un silencio blanco, y una luz, con entera certeza, y sabiendo qué debe decir de la noche que se desliza rápidamente hacia una próxima oscuridad, pero también hacia un nuevo sol.

—¿Qué pasa? —preguntó Montag como si estuviese hablándole a ese otro yo, a ese idiota subconsciente que balbucea a veces separado de la voluntad, la costumbre y la conciencia.

Miró otra vez la pared. Qué parecido a un espejo, también, ese rostro. Imposible, pues ¿a cuántos conoces que reflejen tu propia luz? La gente es más a menudo —buscó un símil y lo encontró en su trabajo— una antorcha que arde hasta apagarse. ¿Cuántas veces la gente toma y te devuelve

tu propia expresión, tus más escondidos y temblorosos pensamientos?

Qué increíble poder de identificación tenía la muchacha. Era como esa silenciosa espectadora de un teatro de títeres que anticipa, antes de que aparezcan en escena, el temblor de las pestañas, la agitación de las manos, el estremecimiento de los dedos. ¿Cuánto tiempo habían caminado? ¿Tres minutos? ¿Cinco? Qué largo, sin embargo, parecía ese tiempo ahora. Qué inmensa la figura de la muchacha en la escena, ante él. Y el cuerpo delgado, ¡qué sombra arrojaba sobre el muro! Montag sintió que si a él le picaba un ojo, la muchacha comenzaría a parpadear. Y que si se le movían ligeramente las mandíbulas, la muchacha bostezaría antes que él.

«Pero cómo —se dijo—, ahora que lo pienso casi parecía que me estaba esperando en la esquina, tan condenadamente tarde...»

Abrió la puerta del dormitorio.

Era como entrar en la cámara fría y marmórea de un mausoleo, cuando ya se ha puesto la luna. Oscuridad completa; ni un solo rayo del plateado mundo exterior; las ventanas herméticamente cerradas; un universo sepulcral donde no penetraban los ruidos de la ciudad.

El cuarto no estaba vacío.

Escuchó.

El baile delicado de un mosquito zumbaba en el aire; el eléctrico murmullo de una avispa animaba el nido tibio, de un raro color rosado. La música se oía casi claramente.

Montag podía seguir la melodía.